

Presencia de la Iglesia

en el mundo de hoy

El Concilio Vaticano II ha sido uno de los acontecimientos más notables de los tiempos modernos. Y ciertamente uno de los que más han agitado la opinión pública.

Muchos de sus grandes temas de discusión (la Iglesia en el mundo de hoy, libertad religiosa, ecumenismo...) han sido **noticia** en casi todos los países.

El mundo, de vuelta de sus ilusiones de adolescente sobre el progreso técnico y la ciencia, panaceas de una humanidad supuestamente feliz, ha despertado asombrado a esta enorme fuerza moral que es la Iglesia Católica y ha visto en ella una presencia vital, de la que no puede prescindir.

La Iglesia, excesivamente parca en su diálogo con el mundo, ha tomado conciencia de su ser, no sólo para adentro, sino particularmente de su ser para "afuera".

Sin prisas, pues la reforma interior, la sincera confrontación de su ser actual con su ser ideal, son para ella exigencias primordiales, ha revisado sus estructuras, cara al mundo, y las ha puesto al día.

La Iglesia es Misión en el mundo y para el mundo. No tiene otro fin que la evangelización del mundo. Por medio de ella Dios llama a todos los hombres a la salvación, y con ella a la participación del gozo y felicidad eternas.

Esta evangelización, única misión de la Iglesia, busca a todos y cada uno de los hombres en su ser total. Debe llegar a la interioridad del ser humano.

Pero para eso, para no quedarse al margen del hombre, debe su misión evangelizadora penetrar en todas las esferas terrestres, abarcar en su complejidad todas las estructuras humanas, particularmente las fundamentales. El hombre sólo puede ser evangelizado donde está.

Por eso la Iglesia debe estar presente en el mundo de hoy. Debe latir con él en una sintonía de amor.

¿Cómo evangelizará al mundo, es decir, al hombre tal cual es y existe en las estructuras temporales, si habla un lenguaje distinto y ni aun por señas pueden entenderse, pues sus símbolos son intraducibles?

La Iglesia debe "vivir el hoy de Dios", como bellamente lo expresa Roger Schutz, y "presentir el mañana de los hombres".

Arraigada en el ayer y lanzada al mañana. Tan moderna como el mundo en que testimonia a Cristo. Más moderna aún que él, pues con su instinto de **madre** intuye el futuro.

Una Iglesia de ayer sería infiel a su misión. Una Iglesia tan de hoy que se identificara con el presente, que pasa, también sería infiel a su Señor.

La Iglesia presente por los laicos

El viaje de Paulo VI a las Naciones Unidas fue un oportuno acto de presencia de la Iglesia en un mundo engreído por los progresos de la técnica, pero atormentado por el hambre y la guerra y obsesionado por el terror.

La restauración de los sacerdotes obreros en Francia es otra de las señales de que la Iglesia quiere actuar su presencia en el mundo de hoy. Principalmente en un mundo que sufre y está marginado.

El emocionante documento que, titulado "esquema XIV", insertamos en nuestras páginas suplementarias, es un sincero testimonio de la preocupación de muchos pastores de la Iglesia por compartir la suerte del mundo.

¿Y qué mejor manera de presencia?

Pero esta presencia no es sino un asomarse, una irrupción de afuera. Estamos tentados de llamarla una "intromisión". Y subraya un error que ha causado estragos a la causa de Cristo: identificar la Iglesia con sus pastores, hacer del rebaño un sindicato de "oligarcas", una clase aparte.

Porque eso son el Papa, los obispos y los sacerdotes en el mundo: una clase aparte. Gente de "afuera", turistas, agentes viajeros, aunque sean de Cristo. "Separados del mundo, sacados de él", los llama San Pablo.

Y en el mundo no se salvará sino por los de dentro, por los que son y viven en el mundo. Y son los laicos los que son y viven en el mundo. Aunque abunden los que son y viven en él, pero como en clima asfixiante, y buscan evadirse de él. Tampoco estos desarraigados del mundo podrán salvar el mundo.

El Concilio Vaticano II, en su Constitución dogmática sobre la Iglesia,, define quiénes son los laicos en la Iglesia y su función específica en ella y en el mundo.

"Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte, la misión del pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo."

A ellos, dice el Concilio, les es propio el carácter secular y, por propia vocación, les incumbe buscar el reino de Dios en el campo de los asuntos temporales. Dentro del mundo lo santifican y descubren a Cristo a sus hermanos, sobre todo con el testimonio de su vida. A ellos, muy particularmente, corresponde iluminar y transformar en Cristo todos los asuntos temporales.

"Los laicos están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser la sal de la tierra sino a través de ellos."

Su función en la promoción del hombre y en la humanización de las estructuras es primordial. Luchando por el hombre extienden el reino de Dios.

Crisis de laicos en nuestra Iglesia

El balance de la Iglesia en América Latina, y más en concreto en Venezuela, es positivo en esta última década. Su afán de búsqueda de soluciones a los enormes problemas socio-religiosos de su creciente población ha causado sorpresa en el Concilio.

"Es muy significativo, dice un conocido sociólogo en la revista internacional de teología "Concilium", el hecho de que la Iglesia del continente latinoamericano haya favorecido más que ninguna otra la investigación socio-religiosa... América Latina es el primer continente donde se ha establecido un Secretariado regional de investigaciones socio-religiosas y en el que se han hecho una serie de estudios globales."

Otra de las sorpresas del Concilio Vaticano II fue el dinamismo de la Iglesia latinoamericana.

Sin embargo, hay una ausencia de la Iglesia en el mundo latinoamericano que amerita reflexión.

Rahner ha dicho en un libro polémico que cuando se critica hoy a la Iglesia desde dentro, cuando se señala con el dedo que algo no marcha bien en ella, se hace por amor a la Iglesia, por el interés que hay en ella.

Y ésta es la única intención que nos mueve al presentar estas reflexiones.

Es evidente que nuestra Iglesia latinoamericana no se ha acompasado al ritmo de desarrollo socio-económico y aun cultural de la inmensa mayoría de nuestros países. Testigo asombrado las más de las veces del paso apresurado del desarrollo. ¿Qué quedará de civilización cristiana en nuestro continente al llegar a su mayoría de edad?

Esta crisis de presencia de la Iglesia en la vida latinoamericana, y venezolana en particular, se debe en gran parte a la ausencia de nuestros laicos cristianos en la gestación de nuestro mundo.

El Concilio ha abierto mil caminos de esperanza a los laicos, pero aún estamos muy subdesarrollados en este campo eclesial.

Un excesivo clericalismo ha afianzado la opinión latinoamericana de que la Iglesia son los sacerdotes y los Obispos. El clero ha desconfiado de los laicos aun en materias temporales que son incumbencia propia de ellos. Recordamos la frase de un distinguido político suramericano: "sólo pedimos a la Iglesia que tenga confianza en nosotros".

Aun en movimientos laicales de apostolado, el sacerdote difícilmente se resigna a su papel de asesor o director espiritual. Y con frecuencia se convierte en un militante, o dirigente, reemplazando y desalentando a los laicos de cuya capacidad tiene una idea tan pobre.

Hay un fenómeno abusivamente frecuente en nuestra Iglesia: abundan los sacerdotes laicizados (que sustituyen a los laicos) y los laicos "clericalizados" (que sustituyen a los sacerdotes).

No es raro que en reuniones de movimientos laicales de apostolado el sacerdote mande y organice, y el laico rece y exhorte.

Movimientos que deberían, por su finalidad, trabajar en una cristianización y humanización de las estructuras, especialmente las básicas, de la sociedad, se recluyen en "ghettos", en amables refugios de clase o de gente "bien".

Abundan también los laicos "sacramentalizados", practicantes, aun piadosos, pero no "mentalizados", que aún no han aprendido a encarnar a la Iglesia en el mundo. Mentalidades liberales, o socialistas, o meramente egoístas:

El laico debe caer en la cuenta de que será más y mejor cristiano en cuanto mejor haga presente a la Iglesia con naturalidad en la vida profesional, cultural, pública y familiar. El hombre y la mujer cumplirán mejor su función en la Iglesia en cuanto mejor cumplan su función de hombre y mujer en la sociedad.

La dicotomía "hombre-cristiano" ha hecho y sigue haciendo mucho daño a nuestra Iglesia.

Muchos de nuestros laicos han estado también ausentes del mundo, de las estructuras humanas, por una concepción maniquea de ellas: la política, la economía, el mundo complejo de la diversión, son obras del maligno. Y ellos no se pueden manchar las manos.

Mal papel hemos hecho demasiadas veces los sacerdotes en América Latina queriendo arrebatar a los laicos su misión eclesial.

Y peor papel han hecho los laicos desertando de su puesto y acogiéndose a la sombra protectora clerical.

Cada uno en su puesto. El sacerdote, alentando al laico, y éste, siendo la Iglesia presente en el mundo. Sólo por ellos la Iglesia podrá cumplir su misión en el mundo y éste creerá en el Señor y será salvado por El.

J. M. G.